

# Historia de las mentalidades e historia cultural

*Open Course Ware* (OCW) – Universidad de La Laguna

Curso 2025-2026

Profesorado: Roberto J. González Zalacain, Kevin Rodríguez  
Wittmann y Raúl Villagrasa-Elías

## Bloque 0

### LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES Y LA HISTORIA CULTURAL: CLAVES Y DESARROLLO HISTORIOGRÁFICO

#### 1. Introducción

¿Cómo es posible que durante siglos se creyera que los reyes de Francia e Inglaterra podían curar enfermedades con solo tocar a sus súbditos? ¿Existió siempre la infancia tal como la entendemos hoy? ¿Qué puede enseñarnos un molinero del siglo XVI que creía que los gusanos del queso le revelaban los secretos del universo?

Durante mucho tiempo, preguntas como estas habrían parecido excéntricas o marginales a los ojos de los historiadores, demasiado alejadas de las batallas, los tratados diplomáticos o las biografías de los grandes gobernantes que dominaban el relato tradicional. Fue la revolución historiográfica impulsada por la Escuela de los *Annales* en las primeras décadas del siglo pasado la que cambió ese horizonte, al proponer una historia capaz de adentrarse en las creencias colectivas, en las sensibilidades y en las prácticas cotidianas. Desde entonces, el mundo mental de las sociedades del pasado se convirtió en un objeto central de la investigación histórica. De marcado carácter francés, especialmente en sus primeras etapas, su desarrollo supuso una auténtica revolución historiográfica, una propuesta que ya no abogaba por mirar únicamente a los palacios y a los campos de batalla y proponía adentrarse en un territorio más complejo e inaccesible, el universo mental de las personas del pasado. De esa ambición nacería la historia de las mentalidades, uno de los giros más significativos en la renovación de la disciplina histórica en su desarrollo del último siglo.

La novedad fundamental de la historia de las mentalidades radicó en cuestionar el marco estrecho de la historia política y diplomática, que venía siendo la que se practicaba en su época, centrada en la descripción de los acontecimientos y el reconocimiento del papel de los líderes políticos, además de profundamente marcado por la cronología. Frente a esa tradición narrativa, los historiadores de *Annales* propusieron estudiar los “utillajes mentales”, en expresión de Lucien Febvre, uno de sus primeros impulsores. Es decir, se trataba de incorporar al análisis histórico los sistemas de creencias, valores, actitudes y sensibilidades colectivas que condicionan lo que en una época resulta pensable, imaginable o posible. En términos historiográficos, esta corriente buscó reconstruir los marcos culturales que organizan la experiencia humana, aquellos que

explican por qué sociedades distintas interpretan de manera diferente la muerte, la infancia, la religión o el poder.

Metodológicamente, por su parte, supuso un desplazamiento de las fuentes y de las preguntas. De esta manera, el foco de atención pasó del análisis de discursos políticos y tratados oficiales hacia otras fuentes hasta ese momento no consideradas, tales como los testamentos, los sermones, la literatura popular o los registros judiciales, además de incorporar otras visiones como podría ser la de la iconografía. Todo ello con el fin de captar no solo lo que las personas hicieron, sino cómo pensaban y sentían en su vida cotidiana.

Lucien Febvre y Marc Bloch, fundadores de la revista *Annales* en 1929, fueron los primeros en plantear esta mirada innovadora, reclamando una historia-problema, interdisciplinaria y abierta a los aportes de la sociología, la geografía, la psicología o la antropología. Con Fernand Braudel y su célebre enfoque de la larga duración, el proyecto de *Annales* se consolidó, aunque sería con la tercera generación de historiadores –Georges Duby, Jacques Le Goff, Philippe Ariès, Michel Vovelle, etc.– cuando la historia de las mentalidades alcanzó su máximo desarrollo. Sus investigaciones sobre la religiosidad popular, la infancia, la muerte o las sensibilidades colectivas propusieron un mapa renovado de la vida cotidiana y de las estructuras simbólicas que sustentaban las sociedades del pasado.

Pero la historia de las mentalidades no supuso exclusivamente un punto de llegada, sino que en realidad fue una etapa de un debate historiográfico en constante transformación, y que veremos que impregnó también otros contextos historiográficos y otras formas de hacer historia. Desde los años setenta, voces como la de Roger Chartier advirtieron sobre el riesgo de considerar las “mentalidades” como realidades demasiado homogéneas y estáticas. Propusieron, en su lugar, centrar la atención en las “representaciones”, entendiendo por tales las formas dinámicas, conflictivas y plurales con las que los distintos grupos sociales se apropian y otorgan sentido a la cultura. De este debate surgiría lo que hoy conocemos como historia cultural, un campo más amplio, interdisciplinario y atento a la diversidad de prácticas, discursos y objetos.

Influida por el giro lingüístico y por los *cultural studies*, la historia cultural amplió los horizontes metodológicos y temáticos de la disciplina. En esta corriente hay que mencionar las investigaciones de Peter Burke, Lynn Hunt, Carlo Ginzburg, Robert Darnton o Natalie Zemon Davis, que han mostrado la fecundidad de este enfoque para estudiar la circulación de todos los elementos que permiten acercarnos a la manera en la que las sociedades del pasado se concebían a sí mismas y articulaban sus fórmulas de organización y reproducción desde la esfera de la cultura, teniendo muy presentes cuestiones como el análisis de las ideas, la lectura, la fiesta, el rumor o la memoria colectiva.

El objetivo de este capítulo introductorio es presentar las claves historiográficas y metodológicas de la evolución de la historia de las mentalidades y su posterior tránsito a la historia cultural, que sirva como marco teórico e interpretativo para comprender los distintos aspectos que se van a ver en los diferentes bloques. Para ello se presentarán los antecedentes y la consolidación del movimiento de *Annales*, el auge de la historia de las mentalidades, su evolución hacia la nueva historia cultural y la institucionalización internacional de este giro. En la parte final se examinarán también las metodologías y las fuentes empleadas, así como los debates y críticas que han acompañado a esta renovación. Se trata, en definitiva, de comprender cómo y por qué la historiografía del siglo XX se atrevió a preguntarse no solo qué hicieron mujeres y hombres del pasado, sino también cómo pensaban, cómo sentían y qué significados atribuían a sus propias experiencias.

## 2. La historia de las Mentalidades

### 2.1. Los antecedentes y primeros pasos

Para comprender la magnitud de la revolución que supuso la Escuela de los *Annales*, es imprescindible conocer el “antiguo régimen” contra el que se rebelaron Lucien Febvre y Marc Bloch. A principios del siglo XX, la disciplina histórica estaba dominada por un paradigma consolidado en el siglo XIX, estrechamente asociado con la figura del historiador alemán Leopold von Ranke y sus discípulos. Este modelo, profesionalizado en las universidades y legitimado como la “historia científica”, presentaba rasgos muy definidos.

En primer lugar, se trataba de una historia eminentemente política. Las grandes revistas académicas fundadas en la época, como la *Revue Historique* en Francia (1876), declaraban explícitamente su intención de concentrarse en “los Estados y la política”. El objeto de estudio principal eran las relaciones internacionales, la diplomacia, las guerras y la vida de las instituciones. En esencia, era una historia de las acciones de los “grandes hombres”, tales como reyes, ministros y generales, con un marcado cariz político.

En segundo lugar, su método descansaba casi exclusivamente en el análisis de documentos oficiales. La “revolución copernicana” de Ranke había establecido el trabajo con fuentes de archivo como el pilar de la investigación histórica. Si bien esta exigencia aportó rigor crítico, también condujo a la marginación de todos aquellos aspectos de la vida social y cultural para los que no existían fuentes de ese tipo. Así, la historia de las costumbres, de las creencias, de la vida cotidiana o de la cultura popular quedó relegada a un segundo plano. Algunos manuales de gran influencia, como la *Introduction aux études historiques* de Langlois y Seignobos (1898), codificaron esta orientación, consolidando una visión de la disciplina centrada en los acontecimientos, practicando un análisis histórico englobado dentro de la etiqueta que posteriormente se generaría de *histoire événementielle*, que con el tiempo adquirió un cierto cariz peyorativo.

Este marco hegemónico, no obstante, no estaba exento de críticas en su propio tiempo. Ya en el siglo XIX, autores como Jules Michelet o Jacob Burckhardt habían defendido una historia más amplia, que incorporara la cultura, la religión y las sensibilidades colectivas. En Francia, la naciente sociología, con nombres clave como los de Émile Durkheim y la *Année Sociologique*, ejercieron también una influencia decisiva en una nueva generación de historiadores, animándolos a colaborar más estrechamente con las ciencias sociales. Fue en este caldo de cultivo de cuestionamiento de esas fórmulas historiográficas tradicionales en el que, en las primeras décadas del siglo XX, Lucien Febvre y Marc Bloch, dos jóvenes medievalistas, empezaron a forjar un proyecto alternativo que cambiaría radicalmente el rumbo de la disciplina.

Ambos coincidieron en Estrasburgo en los momentos inmediatamente posteriores a su definitiva anexión al estado francés, en un ambiente académico particularmente receptivo a la innovación, y en 1929 fundaron allí la revista *Annales d'histoire économique et sociale*. Desde su primer número proclamaron la necesidad de una “historia-problema” frente a la vieja “historia acontecimiento”. El objetivo era desplazar la mirada desde los hechos aislados hacia los procesos de larga duración y, sobre todo, abrir la disciplina al diálogo con la geografía, la economía, la sociología o la psicología.

Lucien Febvre planteó con fuerza la necesidad de estudiar las mentalidades colectivas, es decir, los marcos de pensamiento que delimitan lo posible y lo imposible en una época. Su libro *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*, que vio la luz en 1942, se convirtió en una obra emblemática. En él se preguntaba si un intelectual del Renacimiento podía ser realmente ateo y concluía que el ateísmo, en

el sentido moderno, era entonces impensable. Con ello introducía la noción de “utillaje mental”, ese repertorio de categorías y creencias compartidas que estructura la manera de comprender el mundo.

Marc Bloch, por su parte, dio forma práctica a este programa en estudios como *Los reyes taumaturgos*, publicado en 1924, donde mostró cómo la creencia en los poderes curativos de los monarcas franceses e ingleses no era un simple residuo supersticioso, sino un elemento fundamental en la legitimación política de la monarquía. En *La sociedad feudal*, publicada en dos volúmenes entre 1939 y 1940, exploró la mentalidad que sustentaba las relaciones de dependencia y fidelidad entre señores y vasallos, revelando cómo valores como el honor o la solidaridad configuraban la vida social tanto como las estructuras materiales.

Lo que unía a Febvre y Bloch era la convicción de que la historia debía aspirar a ser una historia total. Ya no se trataba de narrar acontecimientos en cadena, sino de comprender las experiencias humanas en su complejidad, integrando factores económicos, sociales, culturales y psicológicos. En ese marco, el estudio de las creencias, de las sensibilidades y de los imaginarios colectivos dejaba de ser marginal y se situaba en el centro de la investigación histórica.

De este modo, los fundadores de *Annales* abrieron la puerta a una transformación que tendría un impacto profundo. Al reivindicar la legitimidad de objetos de estudio como la religiosidad popular, la vida cotidiana o los sistemas de creencias, y al recurrir a fuentes tan diversas como sermones, crónicas, iconografía o registros judiciales, sentaron las bases para lo que en las décadas siguientes se consolidaría y conocería como la historia de las mentalidades.

## 2.2. Los años de la consolidación

Tras la fundación de la revista *Annales* y las aportaciones fundacionales de Lucien Febvre y Marc Bloch, la corriente encontró un nuevo impulso con la figura de Fernand Braudel. Discípulo de Febvre, Braudel se convirtió en el principal referente de la segunda generación de *Annales* y en el historiador que consolidó el prestigio internacional de la escuela. Su gran obra, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de 1949, representó un manifiesto metodológico y una forma nueva de concebir el tiempo histórico y la perspectiva regional.

Braudel distinguió entre tres niveles de temporalidad: la *longue durée* o tiempo casi inmóvil de las estructuras geográficas y culturales; el tiempo medio de las coyunturas económicas y sociales; y el tiempo corto de los acontecimientos políticos. Con esta estratificación del tiempo, desplazó el centro de gravedad de la disciplina desde los hechos concretos hacia los procesos de larga duración. En este marco, las mentalidades encontraron un lugar privilegiado de desarrollo. Concebidas como estructuras profundas y persistentes, podían estudiarse en paralelo a las estructuras geográficas o económicas, revelando a través de ese diálogo la continuidad de las formas de pensar, sentir y creer a lo largo de siglos.

La influencia de Braudel se manifestó también en el auge de la historia socioeconómica y cuantitativa. A partir de los años cincuenta y sesenta, numerosos historiadores comenzaron a utilizar series estadísticas y documentación serial para abordar cuestiones relativas a la religiosidad, la muerte o los comportamientos colectivos. Testamentos, registros parroquiales, inventarios *post-mortem* y otros documentos notariales fueron analizados de manera sistemática para medir, por ejemplo, el número de misas encargadas en los testamentos, la evolución de las prácticas funerarias o la

difusión de determinados valores reflejada en las bibliotecas privadas, tratando de encontrar en la estadística patrones que permitieran interpretar estructuras de todo tipo.

Este enfoque pretendía conferir un mayor rigor científico al estudio de lo mental, alejándolo de impresiones subjetivas y vinculándolo a tendencias medibles y representativas. La mentalidad colectiva dejó de ser un mero trasfondo cultural para convertirse en un objeto estructurante, cuya evolución lenta podía ser rastreada en relación con las transformaciones económicas, sociales y demográficas.

La segunda generación de *Annales*, con Braudel a la cabeza, logró además consolidar institucionalmente el proyecto. La revista pasó a llamarse en 1946 *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, reflejando la ampliación temática hacia terrenos como la demografía histórica, la historia agraria y, progresivamente, la historia de las mentalidades. Gracias a esta orientación, *Annales* atrajo a una generación de jóvenes investigadores interesados en integrar los métodos de las ciencias sociales con nuevas problemáticas culturales.

Con todas estas iniciativas Braudel y sus discípulos dieron solidez y proyección internacional a la escuela. Mediante su insistencia en el estudio de las estructuras y en la larga duración, así como con el impulso a los métodos cuantitativos, ofrecieron un terreno fértil para que, a partir de los años sesenta y setenta, la historia de las mentalidades se afirmara como un campo autónomo. La idea de que los sistemas de creencias podían medirse, serializarse y analizarse en paralelo a los procesos socioeconómicos fue decisiva para su posterior auge con la tercera generación de *Annales*.

### 2.3. La tercera generación y el auge de la historia de las mentalidades

A partir de finales de la década de 1960, el devenir historiográfico dentro de la Escuela de los *Annales* comenzó a oscilar de nuevo. Si la segunda generación, encabezada por Fernand Braudel, había descendido al sótano de la historia para estudiar las bases materiales y económicas de la sociedad, la tercera generación sintió la necesidad de subir al desván y explorar el universo de la cultura, los símbolos y las creencias. Este desplazamiento supuso el apogeo definitivo de la historia de las mentalidades, consolidada como uno de los campos más innovadores de la historiografía del siglo XX.

A diferencia de sus predecesores, esta nueva generación se caracterizó por una menor cohesión interna y una mayor diversidad de intereses. Ya no se definía por la lucha contra un antiguo régimen historiográfico, sino por una curiosidad expansiva que multiplicó los objetos de estudio. Como ha señalado Peter Burke, la tercera generación de *Annales* se distinguió por su policentrismo. Así, algunos de sus miembros radicalizaron el programa de Febvre y Bloch, ampliando el horizonte hacia la niñez, los sueños, el cuerpo o incluso los olores, mientras que otros retomaron dimensiones de la historia política o narrativa. Esa dispersión, lejos de debilitarla, marcó la vitalidad del movimiento.

Los grandes referentes de esta etapa fueron figuras como Georges Duby, Jacques Le Goff, Philippe Ariès y Michel Vovelle, a los que habría que añadir la aportación decisiva de Emmanuel Le Roy Ladurie. Todos ellos llevaron los postulados de la historia de las mentalidades a su máximo desarrollo, explorando cómo los imaginarios colectivos, las sensibilidades y las prácticas simbólicas configuraban la experiencia histórica.

Philippe Ariès revolucionó el estudio de la muerte y de la infancia. En *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, que vio la luz en 1960, sostuvo la provocadora tesis de que el sentimiento de la infancia, tal como hoy lo entendemos, era una construcción relativamente tardía. Más tarde, en 1977, con *El hombre ante la muerte* mostró cómo las actitudes hacia la muerte habían variado profundamente, pasando de una

aceptación casi ritualizada en la Edad Media a una ocultación y prohibición en la sociedad contemporánea. Su trabajo evidenció que incluso las experiencias más universales estaban culturalmente mediadas.

Los medievalistas Georges Duby y Jacques Le Goff abrieron nuevas sendas en la exploración del imaginario feudal. Duby, en obras como *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, analizó las representaciones que sostenían la jerarquía social medieval, mostrando cómo los valores caballerescos, religiosos y de parentesco estructuraban la sociedad tanto como las bases económicas. Le Goff, por su parte, se convirtió en uno de los principales teóricos de la historia de las mentalidades. En una larga y fecunda trayectoria investigó la invención del purgatorio, las concepciones del tiempo y el papel de la memoria en la Edad Media. Ambos defendieron que las formas simbólicas no eran simples reflejos de una realidad material, sino fuerzas activas en la construcción histórica.

Michel Vovelle, heredero de los métodos seriales de la segunda generación, aplicó el análisis cuantitativo al estudio de las mentalidades revolucionarias. Su investigación de miles de testamentos en la Provenza del siglo XVIII le permitió trazar un proceso de lo que denominó descristianización, así como la de la transformación de las actitudes ante la muerte en vísperas de la Revolución Francesa. De este modo, planteó la posibilidad de medir las sensibilidades colectivas a través de estas series documentales, combinando la herencia de la historia económica con la nueva atención a lo simbólico.

Por último, Emmanuel Le Roy Ladurie llevó los presupuestos de la corriente al primer plano con *Montaillou, aldea occitana*, publicada en 1975. Basándose en una serie de registros inquisitoriales enormemente informativos reconstruyó la vida cotidiana y las creencias de una pequeña comunidad campesina del siglo XIV, dando voz al universo mental popular. Esta obra se convirtió en un emblema de la posibilidad de acceder al mundo subjetivo de hombres y mujeres corrientes a través de las fuentes judiciales. Y, aunque fue duramente criticada por otras perspectivas de análisis histórico, sigue siendo un trabajo con una profunda carga explicativa.

La tercera generación supuso, en conjunto, una explosión temática y metodológica. Temas como los de la infancia, la muerte, el cuerpo, la religiosidad, la fiesta, la vida campesina o las actitudes colectivas se convirtieron en objetos de análisis preferente de la historia. Ningún aspecto de la experiencia humana parecía ya quedar fuera de alcance. Como han señalado Justo Serna y Anaclet Pons, esta fase fue también el momento en que la historia dialogó más intensamente con la antropología, dando lugar a una suerte de antropología histórica que exploraba las prácticas culturales desde una perspectiva etnográfica.

Ahora bien, este éxito fue acompañado de críticas. Como veremos a continuación el concepto de “mentalidad” fue acusado de ser demasiado difuso, de transmitir una imagen excesivamente homogénea y estática en el tiempo de las sociedades, o de carecer de suficiente precisión analítica. Estas objeciones abrirían el camino hacia el tránsito a la historia cultural, más atenta a las representaciones, a los conflictos y a la pluralidad de voces.

### 3. De la historia de las mentalidades a la historia cultural

El extraordinario éxito de la historia de las mentalidades durante los años setenta y ochenta marcó un punto de inflexión. El enfoque, que había sido revolucionario, comenzó a mostrar sus límites y a recibir críticas, muchas de ellas formuladas desde el interior de la propia tradición de *Annales*. Como se ha señalado, el concepto de “mentalidad” fue criticado por ser excesivamente impreciso, que corría el riesgo de transmitir la imagen de unas sociedades del pasado homogéneas y estáticas, sin atender a los conflictos internos ni a la capacidad de acción de los individuos. Hablar de “la mentalidad del siglo XVI”, por ejemplo, implicaba reducir a una categoría única las experiencias de clérigos y laicos, hombres y mujeres, elites y campesinos, de un tiempo y un lugar.

Frente a estas objeciones, algunos historiadores propusieron reformular el enfoque. La figura más influyente fue Roger Chartier, que planteó sustituir el concepto de “mentalidad” por el de “representaciones”, más preciso y operativo. En obras como *El mundo como representación* y *Cultura escrita, literatura y sociedad*, Chartier defendió una historia cultural concebida como historia social de las representaciones, centrada en los usos sociales de los textos, en las prácticas de lectura y en los procesos de apropiación simbólica. Con ello, la cultura dejaba de entenderse como un trasfondo común y se concebía como un campo de lucha y negociación en el que diferentes actores sociales trataban de imponer sus significados.

Así, la transición hacia la historia cultural no supuso una ruptura total, sino una reformulación. De esta manera se mantuvo la continuidad en el interés por lo simbólico, pero se produjo una ruptura en la forma de abordarlo. Ya no se trataba de identificar estructuras mentales colectivas y duraderas, sino de analizar representaciones múltiples y conflictivas, en constante disputa y circulación.

#### 3.1. El giro cultural e institucionalización internacional

Este desplazamiento conceptual estuvo acompañado por el impacto del giro lingüístico, que puso de relieve que el lenguaje no es un medio transparente, sino que construye activamente la realidad social. También influyó la antropología cultural de Clifford Geertz, con su célebre definición de la cultura como una “trama de significados” que debe interpretarse mediante una “descripción densa”. A ello se añadieron los *cultural studies*, que introdujeron una fuerte dimensión política, al estudiar cómo el poder, la clase, el género o la etnia atraviesan la producción y el consumo cultural.

El resultado fue una ampliación del campo historiográfico hacia temas como la identidad, el cuerpo, las emociones, el género o la memoria. Historiadoras e historiadores como Robert Darnton, Natalie Zemon Davis, Lynn Hunt y Carlo Ginzburg ofrecieron ejemplos paradigmáticos de esta nueva orientación. Darnton, en *La gran matanza de gatos*, mostró cómo los gestos simbólicos de los aprendices parisinos podían leerse como expresiones de conflicto social. Davis, en *El regreso de Martin Guerre*, reconstruyó un caso de suplantación de identidad en el siglo XVI para explorar la negociación de roles y discursos en el mundo rural. Hunt incorporó una perspectiva feminista y crítica al estudio de las emociones y del cuerpo, mientras que Ginzburg, con *El queso y los gusanos*, dio voz al molinero Menocchio para evidenciar la creatividad cultural de los sectores subalternos.

Otro actor fundamental en esta transición fue Peter Burke, que se convirtió en uno de los principales divulgadores de la historia cultural. En obras como *Formas de hacer*

*historia y Formas de historia cultural*, sistematizó las aportaciones del giro cultural y difundió su alcance internacional, destacando la convergencia con disciplinas vecinas y la variedad de temas abordados, desde la lectura hasta el carnaval, desde la memoria hasta la traducción cultural.

El paso de la historia de las mentalidades a la historia cultural coincidió, como se puede comprobar por los nombres que se acaban de citar, con un proceso de internacionalización. La historiografía francesa dejó de ser el único centro de referencia, y el nuevo paradigma se consolidó gracias a aportaciones procedentes de Estados Unidos, el Reino Unido, Italia y Alemania, además de expandirse hacia América Latina y otras regiones. Esta apertura permitió la aparición de una comunidad académica global que compartía problemáticas comunes, aunque con énfasis nacionales diversos.

Finalmente, este giro cultural también se tradujo en un proceso de institucionalización académica. Desde los años ochenta se multiplicaron asociaciones, congresos y revistas especializadas. Entre las más destacadas se encuentran la *International Society for Cultural History*, fundada en 2008, así como publicaciones como *Cultural and Social History*, *Cultural History* o los *Cahiers du Centre de Recherches Historiques*. Estos foros dieron visibilidad y legitimidad al nuevo campo, asegurando su consolidación dentro de la historiografía internacional.

En definitiva, lo que había comenzado como una revisión de la historia de las mentalidades se convirtió en una auténtica revolución historiográfica de alcance global. La historia cultural, con su atención a las representaciones, al lenguaje y a las prácticas simbólicas, ha dotado a la disciplina histórica de un marco más flexible, plural y dinámico, capaz de abordar la complejidad de las sociedades del pasado y del presente.

## 4. Claves historiográficas

### 4.1. Metodología y fuentes

Una de las herencias más duraderas tanto de la historia de las mentalidades como de la historia cultural es su profunda renovación metodológica. Ambas corrientes se definen por su rechazo a la idea de que el pasado solo puede estudiarse a través de los documentos oficiales y por su apuesta por la interdisciplinariedad y la ampliación del repertorio de fuentes disponibles para el historiador. Esta apertura, que hunde sus raíces en los orígenes mismos de la Escuela de los *Annales*, se fue transformando a lo largo de las distintas generaciones, adaptando sus herramientas a los nuevos objetos de estudio y ampliando progresivamente lo que se entendía como el marco de funcionamiento epistemológico de la disciplina histórica.

Desde los años fundacionales, Lucien Febvre y Marc Bloch insistieron en la necesidad de romper con la dependencia exclusiva de la documentación política y diplomática. Febvre, en su célebre estudio sobre la incredulidad en el siglo XVI, recurrió a la literatura de la época, entre las que destacaban las obras de Rabelais, para mostrar los límites de lo pensable en aquel contexto cultural. Bloch, en *Los reyes taumaturgos*, combinó crónicas oficiales, relatos hagiográficos, tradiciones populares e incluso representaciones iconográficas para reconstruir una creencia colectiva que legitimaba el poder real. Esta ampliación de horizontes incorporaba además herramientas procedentes de otras disciplinas, como la geografía histórica, la arqueología de los paisajes agrarios o la toponimia, todas ellas útiles para desentrañar aspectos de la experiencia humana que quedaban invisibles en los archivos estatales.

Con la segunda generación de *Annales*, con Braudel a la cabeza, la renovación metodológica se orientó hacia los métodos seriales y cuantitativos. La historia económica y demográfica puso en primer plano la explotación de registros parroquiales, censos, archivos notariales o listas de precios, utilizados para elaborar series estadísticas capaces de detectar tendencias de larga duración. Este enfoque también se aplicó al estudio de las mentalidades: a través de testamentos, registros funerarios o inventarios *post-mortem* era posible medir, por ejemplo, el número de misas encargadas, la difusión de determinados objetos religiosos o las variaciones en las prácticas devocionales. El objetivo era otorgar un fundamento empírico sólido al análisis de las sensibilidades colectivas, que dejaban de ser consideradas un mero trasfondo cultural para convertirse en objetos susceptibles de medición histórica.

La tercera generación retomó el interés explícito por las mentalidades y combinó de manera fructífera las herramientas cuantitativas con un renovado impulso cualitativo. Michel Vovelle aplicó un análisis serial a miles de testamentos provenzales para estudiar la evolución de las actitudes ante la muerte y el proceso de descristianización en vísperas de la Revolución Francesa. Philippe Ariès, por su parte, recurrió a epitafios, iconografía funeraria y testimonios literarios para rastrear los cambios en las actitudes hacia la infancia y la muerte en Occidente. Jacques Le Goff exploró el purgatorio y las concepciones del tiempo en la Edad Media a partir de sermones, relatos religiosos y literatura popular, mientras que Emmanuel Le Roy Ladurie mostró en *Montaillou* cómo los registros inquisitoriales podían revelar el universo mental de una pequeña comunidad campesina del siglo XIV. Este equilibrio entre métodos cuantitativos y cualitativos se convirtió en una de las señas de identidad de la historia de las mentalidades, que buscaba tanto la representatividad estadística como la profundidad interpretativa.

La transición hacia la historia cultural amplió aún más el repertorio metodológico. Roger Chartier propuso estudiar los usos sociales de la lectura y la escritura, y para ello recurrió a inventarios de bibliotecas, registros de edición, correspondencia privada y anotaciones marginales en los libros. Robert Darnton, en su investigación sobre la cultura clandestina del siglo XVIII, utilizó los archivos de la policía parisina para rastrear la circulación de obras prohibidas, mientras que Natalie Zemon Davis combinó documentos judiciales con narraciones populares para explorar la negociación cultural de identidades. Carlo Ginzburg, con *El queso y los gusanos*, demostró cómo un solo proceso inquisitorial podía iluminar la cosmovisión de un individuo y, al mismo tiempo, revelar las conexiones entre cultura erudita y cultura popular.

En este contexto, la historia cultural incorporó además de manera decidida fuentes no escritas. La cartografía, por ejemplo, pasó a ser leída no solo como herramienta técnica, sino como representación cultural del espacio y del poder. Del mismo modo, las imágenes, los objetos de uso cotidiano, la arquitectura, las fiestas, los rituales o incluso la música y los rumores se integraron como testimonios legítimos del pasado. Se trataba, en definitiva, de comprender la cultura como un entramado de prácticas y representaciones, en el que cualquier vestigio material o simbólico podía ser utilizado como vía de acceso a la experiencia histórica.

La trayectoria que va desde la historia de las mentalidades hasta la historia cultural refleja así un proceso continuo de apertura y diversificación de métodos y fuentes. Lo que comenzó como una ampliación de horizontes frente a la rigidez del positivismo decimonónico desembocó en un enfoque flexible e interdisciplinar, que combina lo cuantitativo con lo cualitativo y que reconoce en la diversidad de evidencias (textuales, materiales, visuales o cartográficas) la posibilidad de reconstruir no solo las estructuras

sociales, sino también las creencias, sensibilidades y representaciones que han dado forma a las sociedades del pasado.

#### 4.2. Debates y críticas

La historia de las mentalidades, pese a su enorme influencia en la renovación de la historiografía del siglo XX, no estuvo exenta de críticas. Desde los años setenta, diversos historiadores comenzaron a señalar la indefinición del concepto mismo de “mentalidad”, que en algunos estudios se utilizaba para designar actitudes colectivas de larga duración, mientras que en otros se manejaba con referencia a sensibilidades compartidas o marcos de pensamiento más o menos conscientes. Esta vaguedad terminológica dificultaba su operatividad y la convertía en una categoría excesivamente flexible, susceptible de ser aplicada a casi cualquier fenómeno histórico, y por tanto escasamente útil como concepto teórico.

Otra objeción recurrente fue la tendencia a presentar las mentalidades como bloques homogéneos y estables. Expresiones como “la mentalidad medieval” o “la mentalidad del siglo XVI” parecían ignorar las profundas diferencias sociales, de género, de clase o de región que atraviesan cualquier época. En este sentido, se reprochó a la historia de las mentalidades una cierta inclinación al esquematismo, que borraba los conflictos y reducía la diversidad de voces a una única sensibilidad dominante. Peter Burke, entre otros, subrayó el riesgo de convertir las mentalidades en una especie de psicología colectiva demasiado estática y poco atenta a la complejidad histórica.

También se puso en cuestión la relación entre lo mental y lo material. Si la primera y segunda generación de los Annales habían insistido en el peso de las estructuras económicas y sociales, la historia de las mentalidades fue acusada en ocasiones de caer en un “culturalismo” desligado de las condiciones materiales. Por el contrario, otros críticos consideraron que los estudios de mentalidades tendían a subordinar lo simbólico a lo estructural, restándole autonomía. Estas tensiones reflejaban la dificultad de fondo de integrar de manera equilibrada lo económico, lo social y lo cultural en una historia verdaderamente total.

La historia cultural, que heredó y reformuló muchos de los planteamientos de la historia de las mentalidades, tampoco escapó al debate. Su extraordinaria expansión temática y metodológica fue acompañada de acusaciones de dispersión y fragmentación. La apertura a nuevas fuentes y enfoques, aunque enriquecedora, llevó a algunos a hablar de un campo excesivamente heterogéneo, sin un núcleo común claramente definido. El riesgo, según ciertos críticos, era nuevamente que la historia cultural se convirtiera en una etiqueta demasiado amplia, capaz de abarcar cualquier objeto de estudio sin ofrecer un marco analítico sólido.

Asimismo, el influjo del giro lingüístico y de los *cultural studies* provocó recelos en sectores más cercanos a la historia social. El énfasis en el lenguaje, las representaciones y los discursos fue visto por algunos como un desplazamiento excesivo hacia lo textual y lo simbólico, en detrimento de los procesos sociales y de las experiencias materiales. Estas críticas pusieron de manifiesto la necesidad de equilibrar la atención al poder del discurso con el reconocimiento de las condiciones históricas concretas en que se producen y circulan los significados.

Finalmente, tanto la historia de las mentalidades como la historia cultural fueron cuestionadas por su relación con la política y la sociedad contemporánea. Algunos señalaron que, al centrarse en sensibilidades y representaciones, corrían el riesgo de perder de vista los grandes problemas sociales y políticos. Otros, en cambio, defendieron

que precisamente su valor residía en haber demostrado que las actitudes, las creencias y los imaginarios colectivos son dimensiones fundamentales para comprender los procesos históricos.

En suma, los debates y críticas que han acompañado a estas corrientes son una muestra evidente de su trascendencia y vitalidad. Además, las objeciones, más que invalidar sus logros, han contribuido a afinar sus herramientas conceptuales y metodológicas, asegurando su vigencia en la investigación histórica contemporánea.

## 5. Conclusiones

Como hemos visto en estas páginas, en su cerca de un siglo de existencia la historia de las mentalidades y la historia cultural han transformado profundamente la manera en que concebimos y estudiamos el pasado. Desde su irrupción en el siglo XX como reacción a la historia política tradicional, estas corrientes ampliaron el campo historiográfico hacia dimensiones simbólicas, afectivas y cotidianas, revelando aspectos invisibles de la experiencia histórica que hasta entonces habían quedado fuera del análisis académico.

La historia de las mentalidades permitió explorar las creencias colectivas, las sensibilidades compartidas y los imaginarios que estructuraban la percepción del mundo en distintas épocas. A través de investigaciones sobre la religiosidad, la muerte, la infancia o el tiempo, abrió un espacio para comprender cómo pensaban y sentían los hombres y mujeres del pasado. La historia cultural, por su parte, amplió ese horizonte al incorporar el análisis del lenguaje, de las representaciones y de las prácticas, en diálogo con la antropología, la sociología, la filosofía del lenguaje y los *cultural studies*. Este desplazamiento consolidó un enfoque más plural e interdisciplinar, capaz de atender tanto a los discursos como a las prácticas y a los contextos sociales en los que se producen.

Conviene resaltar, eso sí, que se trata de una corriente que ha centrado buena parte de sus esfuerzos en el estudio del Antiguo Régimen en sentido amplio. Aunque encontramos aportaciones notables desde la historia antigua y proyecciones hacia la historia contemporánea, el impacto más significativo se ha producido en los estudios medievales y modernos, campos en los que se especializaron muchos de sus principales autores, y en los que, además, como señala Peter Burke, es más fácil elidir el papel de los grandes personajes, algo más complejo en los tiempos recientes. No es casual que obras de referencia como las de Georges Duby, Jacques Le Goff, Philippe Ariès o Emmanuel Le Roy Ladurie se enmarquen precisamente en este terreno, donde los análisis sobre la religiosidad, la cultura popular, la muerte o el tiempo encontraron un campo especialmente fértil.

En la actualidad, estas perspectivas siguen mostrando una notable vigencia. La historia de la memoria ha retomado el interés por los procesos de recordar y olvidar, tanto en el plano individual como en el colectivo, y ha evidenciado cómo el pasado se convierte en objeto de disputas políticas y culturales. La historia de las emociones lleva unos años analizando cómo se construyen socialmente los afectos, los miedos, las pasiones y los vínculos, mostrando que incluso lo aparentemente más íntimo tiene una dimensión histórica y contingente. La historia del cuerpo, por su parte, está revelando el modo en que las sociedades han regulado, representado y experimentado lo corporal en relación con el género, la sexualidad, la salud o el trabajo. Todas estas aproximaciones, entre otras varias, confirman que las sensibilidades colectivas, lejos de ser elementos accesorios, constituyen dimensiones esenciales de la experiencia humana.

Estas nuevas sensibilidades historiográficas enriquecen el conocimiento del pasado, pero también permiten comprender mejor el presente. En un mundo marcado por la diversidad cultural, los conflictos simbólicos y la centralidad de lo emocional en la vida pública, la historia de las mentalidades y la historia cultural ofrecen herramientas valiosas para interpretar los procesos históricos en toda su complejidad.

Como conclusión de este apartado introductorio conviene poner en valor la idea de que, lejos de haber agotado su potencial, estas corrientes continúan evolucionando, dialogando con nuevas disciplinas y adaptándose a los desafíos del tiempo. Su legado no reside únicamente en los temas que han puesto en primer plano, sino también en la actitud crítica, abierta y reflexiva que han promovido en la investigación histórica. Esa apertura metodológica y conceptual, demostrando que el pasado solo puede comprenderse en toda su riqueza si se atiende tanto a las estructuras materiales como a los universos simbólicos que les dan sentido constituye, quizá, su contribución más duradera.

### **Bibliografía básica**

Burke, Peter (1993). *La revolución historiográfica francesa: La escuela de los Annales, 1928-1989*. Barcelona: Gedisa.

Burke, Peter (2011). *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza Editorial.

Hernández Sandoica, Elena (2015). *Tendencias historiográficas actuales: Escribir historia hoy*. Madrid: Akal.

Poirrier, Pierre (2012). *La historia cultural: ¿un giro historiográfico mundial?* Valencia: Universitat de València.

Serna, Justo y Pons, Anacleto (2013). *La historia cultural: Autores, obras, lugares* (2a edición). Madrid: Akal.